

SESION NECROLOGICA EN MEMORIA DEL ACADEMICO DE HONOR EXCMO. SEÑOR GIACOMO LAURI-VOLPI, CELEBRADA EL DIA 10 DE ABRIL DE 1979

Palabras del Académico de número Excmo. Sr. D. Leopoldo Querol Rosso

SRES. ACADÉMICOS. SEÑORAS. SEÑORES:

El fallecimiento de Giacomo Lauri-Volpi, tan repentino como inesperado, ha sumido en profundo dolor a nuestra Real Academia de San Carlos. Tras una vida feliz y pletórica de éxitos universales, y cuya última etapa, bastante dilatada, la disfrutó en Burjasot, nadie esperaba este final tan rápido, sobre todo teniendo en cuenta su magnífico estado físico, que le permitió conservar su voz maravillosa, siempre joven, hasta los últimos momentos de su vida.

Todo ello, unido también, y muy esencialmente, a su matrimonio con la gran cantante María Ros, alimentó la gran ilusión de su vida, que decidió vivirla en nuestra tierra, a la que amaba entrañablemente: Lauri-Volpi quería a Valencia tanto como a su propia patria y su designio de vivir aquí con nosotros le otorgó una carta de naturaleza que nadie puede discutir, y ello nos animó a los Académicos de San Carlos a proponerle para su nombramiento de Académico de Honor en la primera vacante de esta categoría, que se produjo con el fallecimiento de nuestro llorado Marqués de Lozoya. He tenido el honor de haber sido el primer firmante de tal propuesta y la inmensa satisfacción de haber sido también el último amigo que pudo estrechar su mano en mi última visita al Sanatorio donde se encontraba postrado, con la esperanza de su recuperación, aún viva entre nosotros.

Aquella propuesta, elevada al pleno, obtuvo la unanimidad de todos mis compañeros Académicos. Lauri-Volpi, aunque electo, ha sido ya nuestro Académico de Honor, lo cual es un verdadero lujo para la Real Academia de San Carlos y un verdadero homenaje a su gran amor por Valencia.

VOZ Y PERSONALIDAD

SEÑORES ACADÉMICOS:

No sé cómo acertar a deciros las palabras, inexcusables, de gratitud que puedan corresponder al honor que me dispensa esta ilustre Corporación al admitirme en su seno, haciéndome mayor honra de la que merezco, y que en la ocasión de ahora deben ser particularmente fervorosas, por cuanto esta Real Academia, a pesar de ser yo extranjero, me recibe haciendo una excepción, admitida por su reglamento, en sus gloriosas tradiciones. Bien es verdad, y los eminentes académicos lo saben, que yo, romano de nacimiento, me he sentido siempre español y valenciano de adopción, y que resido en esta amada y luminosa tierra desde el año 1924, después de mi matrimonio con la valenciana María Ros, mi inspiradora y compañera durante una carrera de medio siglo.

Permitidme, excelentísimos señores, dedicar unas palabras de sentido reconocimiento y homenaje al eximio pianista Leopoldo Querol, que ha patrocinado mi ingreso en esta casa y que también, hace muchos años, sugirió

Era necesaria, pues, esta sesión de hoy, que debía haberse celebrado normalmente el martes 13 de marzo pasado con su recepción y toma de posesión, leyendo su Discurso de ingreso, que ha dejado completamente redactado y el Discurso de contestación, que aquel día debió también haber leído nuestro Director, el excelentísimo señor don Felipe María Garín. Todo quedó suspendido entonces y aplazado con la ilusionada esperanza del restablecimiento de su salud, pero la voluntad divina lo ha dispuesto de otro modo y no nos queda sino acatarla y pedir al Todopoderoso lo mejor para su otra vida, donde se habrá reunido con su idolatrada esposa y desde donde sin duda nos estará mirando y agradeciendo esta sesión que estamos celebrando y que va a tener un doble carácter: en primer lugar como sesión necrológica obligada por el fallecimiento de tan eminente Académico, pero en segundo lugar esta sesión solemne va a ser una reproducción exacta de lo que hubiera sido la de recepción del excelentísimo señor don Giacomo Lauri-Volpi el 13 de marzo de 1979 como Académico de Honor.

Para ello, y por designación de esta Academia, voy a leer primero el discurso que Lauri-Volpi escribió para este solemne acto, lo cual es para mí un gran honor, que agradezco muy cumplidamente a la Academia y ya se puede suponer la inmensa emoción con que voy a proceder a su leyenda y no quiero dejar de manifestar que traigo conmigo la representación de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, a la cual pertenezco también como numerario. A este discurso va a contestar nuestro Director, como estaba previsto. Para finalizar este solemne acto vamos a oír la voz auténtica del gran tenor grabada e irremediablemente perdida para el futuro, pero felizmente conservada gracias a estos medios mecánicos.

al Ayuntamiento del pueblo donde habito dedicar una calle a mi nombre. Y es que los artistas en general constituyen una especie de comunión universal (recordando la mística comunión de los Santos que evoca la Iglesia en el Credo) que los aglutina en una esfera casi metafísica, donde se rinde culto a la belleza.

Permitidme, también, dar las gracias más efusivas al excelentísimo señor abogado don Manuel Torregrosa Valero, Teniente de Alcalde de Novelda, que ha sabido traducir al castellano el texto italiano de este discurso, cuyo contenido esencial resulta en mi libro *Misterios de la voz humana*.

Sucediendo al glorioso Marqués de Lozoya, quiero ante todo rendir homenaje, con pocas, pero emotivas palabras, a su memoria recordando que este Grande de España entregó su vida entera al estudio, a la investigación y a la enseñanza en amplísima panorámica, que comprende desde el Arte de la Literatura, pasando por la Historia, en una incansable exaltación del patrimonio

cultural de España y sus realizaciones humanas; su vida, digo, se hace merecedora del reconocimiento nacional y de ser destacada como ejemplo para las generaciones futuras.

El Marqués de Lozoya en 1923 es ya catedrático de Historia en la Universidad de Valencia, y años más tarde pasó a la de Madrid, donde ocupa el primero la cátedra de Historia del Arte Hispano-Americano. Miembro de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, desde 1940, y de la nuestra desde el año siguiente, Director del Instituto Diego Velázquez del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, desde la creación de éste, y Director General de Bellas Artes desde 1939 hasta 1951.

En 1952 pasa a Roma para dirigir la Academia Española de San Pietro en Montorio, y en la Ciudad Eterna permanece durante varios años, donde tuvo el honor, y la suerte, de conocerle personalmente, y admirar su magnífica personalidad intelectual. En los años sesenta, alcanza la presidencia del Instituto de España.

El Marqués de Lozoya, como ya he dicho, cultivó, por igual, el campo de la Historia del Arte, y el de la Historia, y en ambos dejó buenos ejemplos de su saber y de su buena pluma.

El no era solamente un investigador, sino un serio y solvente divulgador, y estaba primordialmente consagrado a escribir dos grandes obras de conjunto dedicadas a un círculo de lectores mucho más amplio que el de los que se interesaban por sus trabajos anteriores. Me refiero a su *Historia del Arte Hispánico* y a su *Historia de España*.

La *Historia del Arte Hispánico*, constituida por cinco gruesos volúmenes, es la primera gran historia que se publica de nuestro arte. La inicia en los últimos años veinte, y aparece, el primer tomo, en 1931. El último se publicaría en 1949. Son prácticamente veinte años de labor incesante. Los últimos años sólo puede escribirlos luchando con el agobio que le impone el desempeño de la Dirección General de Bellas Artes, que le impedía la reposada consulta de bibliotecas que le era indispensable.

Director General de Bellas Artes durante más de once años, son varios los Museos que se instalan en su tiempo con decoro, hasta entonces desacostumbrado, e incluso se crea uno tan importante como el de América, con edificio propio levantado de nueva planta. En cuanto a la conservación y restauración de monumentos, me limitaré a recordar la obra realizada en el Alcázar de Segovia, que gracias a sus constantes cuidados ha podido recuperar de su primitiva monumentalidad y de su riqueza.

El Marqués de Lozoya no sólo gusta de restaurar monumentos, procura también, en cuanto está de su parte, que no mueran viejas instituciones. El era uno de los pocos caballeros que aún existían de la Orden de Santiago. Y fue su vida, y no lo ilustre de sus apellidos, lo que pesó principalmente en quien concedió al Marqués de Lozoya, al final de su vida, la dignidad de Grande de España.

Yo pertenezco a la Época Romántica del Bel Canto, cuando reinaba, soberana, la melodía; y los grandes compositores escribían su música bajo la mágica fuerza de la inspiración y se sentían casi amanuenses de la divinidad (COOPERADORES DEI). Yo, en mi vida, he querido consagrar la mente a la búsqueda de los misterios de la voz humana, y he intentado descubrir las relaciones profundas entre la voz y la personalidad, en personajes famosos de la Historia de Roma. Y éste es el asunto que me coloca, en estos momentos, en el trance de ser el objetivo de vuestra atención y de vuestra benevolencia.

Leyendo en Suetonio *La vida de los Césares*, me di cuenta que sus voces correspondían perfectamente al carácter de cada uno. Los cuatro temperamentos (Nervioso, Linfático, Bilioso, Sanguíneo) se reflejan (*Ad evidentiam*), respectivamente, en las voces de Julio César, Octavio Augusto, Claudio y Nerón.

El gran Wolfgang Goethe dejó escrito: "En la vida, deseo llegar al punto en el que todo sea inspiración y conocimiento."

Es por ello que, llevado de este ideal, a pesar de los trabajos y las emociones del teatro, he estudiado los fenómenos de la voz y del canto en varias obras mías: *Voces paralelas*, *La voz de Cristo*, *Cristales vivientes* y *Misterios de la voz humana*, obra, esta última, considerada por el gran escritor Giovanni Papini como "la creación original de una filosofía del canto, reveladora de los más altos misterios de la voz humana", y que le hizo comprender, por primera vez, según puede leerse en su *Diario*, el significado y el valor del canto.

Filosofía es búsqueda de la verdad. Y Papini, incapaz de adulaciones, refleja en sus palabras el pensamiento de Paul Claudel, el poeta cristiano: "C'est l'âme entièrement sonore qui regarde la vérité". El alma, vibrante en el canto, contempla la verdad eterna, en los momentos absolutos, en el estado de gracia.

De un examen de la *Vida de los Césares* se pueden derivar observaciones inductivas sobre nexos y coincidencias que, aun confirmados históricamente, tienen su origen en causas inexploradas, si bien suficientemente claras, para quien preste la debida atención a indicios, que pueden parecer insignificantes exteriormente, más íntimamente radicados en la misma esencia de la personalidad de cada uno de aquéllos.

Para un estudioso de los caracteres somáticos y mentales que se compendian en la superficie de la voz hablada y cantada, es de especial interés penetrar en la psicología de aquellos personajes y asomarse al abismo de sus conciencias, a la luz indiciaria del timbre impreso en la vocalidad de sus discursos y arengas, en su manera de hablar o de cantar.

La inclinación al arte de bien hablar y cantar, de recitar y declamar, es típica de *los Julios*, mucho más que en *los Claudios*, gente ésta menos refinada que la "GENS IULIA".

Es notorio que JULIO CÉSAR, de no haber llegado a ser el perfecto hombre de estado, el sumo capitán, de todos conocido, habría superado al mismo Cicerón en la elocuencia forense. El mismo Cicerón nos dice que "tenía una manera de hablar elegante y espléndida, al par que magnífica y generosa" (SPLENDIDAM ET GENEROSAM RATIONEM DICENDI). Según Suetonio, *arengaba con voz aguda, alta*, con movimientos y gestos concitados, y con venustidad (PRONUNTIASSE DICITUR VOCE ACUTA, ARDENTI, MOTU GESTUQUE). Lo que explica el ascendente y la sugestión que ejercía en sus legionarios, con una sola palabra consiguió atraer a su favor la veledad rebelde de la predilecta DECIMA LEGIO, llamando *Quirites* (CIUDADANOS), en vez de *soldados*, a sus veteranos que habían rehusado seguirle en la aventura africana. Voz agresiva de dominador de masas, habilísima en el arte de calar con fuerza persuasiva en las almas rudas y violentas.

Y ahora, detengámonos un momento en una tesis, ya aceptada por la ciencia. El ilustre endocrinólogo NICOLAS PENDE ha realizado profundos estudios sobre la coexistencia de los dos sexos y sus manifestaciones. Es sabido que en la voz afloran, se asoman a ella, los caracteres de la personalidad. En ella se manifiesta la prevalencia de uno o del otro elemento de la sexualidad, o el equilibrio de entrambos con el *dominio del elemento cualificador*. En cada uno de nosotros coexisten los dos sexos,

se trata de establecer la regularidad de las relaciones, bajo el signo del *sexo prevalente* o *aparente*, para definir los lineamientos físicos, intelectuales, morales y estéticos de la persona humana.

La "vox acuta" y la concitación mínima caracterizan, a nuestro modo de ver, la estructura orgánica y mental del DIVO IULIO, denunciando aquella la peculiaridad de su genio múltiple.

La voz aguda en el hombre es *voz bivalente* por excelencia, voz andrógina, propia de las naturales participaciones de ambos sexos, fisiológicamente excitable, profundamente sensible a las formas estéticas y fácilmente propensa a degeneraciones neuropáticas.

Estas *tendencias degenerativas* se manifestaron en el joven JULIO CÉSAR, sofocado por el clima de corrupciones y torpezas de los últimos años de la república romana. Dedicado, de adulto, a la vida castrense, endurecido y fortalecido el cuerpo y nervios con los trabajos y riesgos de la guerra, entonces, y sólo entonces, el afinado patricio de otro tiempo pudo conquistar el equilibrio de las facultades con el predominio de la virilidad, manifestada en aquella voz brillante, luminosa y aguda como el filo de acero de su espada y el fulgor de su pensamiento concitado que le permitió decir la noticia de una de sus victorias con tres únicas y desnudas palabras: VENI, VIDI, VICI.

Hasta en su trágica muerte, supo dar una lección de nobleza y de estética, envolviéndose la cabeza con la toga e inclinándose para cubrir con un borde los pies (SINUM AD IMA CRURA DEDUXIT QUO HONESTUS CADERET ETIAM INFERIORE CORPORIS PARTE VELATA), para comportarse con decoro sublime en ese trance. Pero antes de desaparecer para siempre, fulminó a sus agresores con su voz estentórea: "ISTA QUIDEM VIS EST" ("Esta sí es violencia"). Fue el último grito del Aguila.

Por coincidencia hay que recordar otro caso famoso de *voz bivalente*: es el de Leonardo Da Vinci, en el cual los dos elementos se armonizan para crear un tipo de ideal superhumanidad y de noble serenidad, evidente en las famosas telas de Escipión y de Santa Ana. El Vasari nos cuenta que Leonardo fue llamado a Milán, no por ser el gran pintor que era, sino como cantante, para participar en un concurso canoro; Leonardo venció, conquistando el corazón de los presentes con bellísima voz, acompañándose él mismo con un instrumento de plata por él inventado y construido, que tenía la forma de una calavera de caballo.

En caso de contraste de personalidad entre elementos genéticos hostiles, el espíritu superior, puede superarse creando en sí mismo el hombre completo: es decir, la forma prevalente en armonía con la exterior o aparente.

El carácter de OCTAVIO CÉSAR AUGUSTO, pacífico y prudente, como sabio economista, está todo entero en su voz: "PRONUNTIABAT DULCI ET PROPIO QUODAM ORIS SONO". Tenía una voz dulce y peculiar que modulaba asiduamente bajo el control de un maestro de recitación (Fonasco). Al contrario de César, hablaba calmado y acompasado, con lenta modulación de los sonidos, elocuencia que corresponde a su espíritu sosegado, de instaurador de la PAX ROMANA, a su sentido práctico de gobernante sagaz. Era propenso a enfermedades de garganta. Como César, había llegado al equilibrio después de duras vicisitudes y de una juventud corrupta. Pero en la madurez llegó a conciliar y concordar el *elemento mágico* (femenino) y el *elemento lógico* (viril), mas con ligera prevalencia del primero. Con aquella exigua y enfermiza voz, tan genuinamente suya, el hijo adoptivo de Julio César había de instaurar la paz en el inmenso Imperio.

La apoteosis del "PRINCEPS", con el propósito de una purificación espiritual de la humanidad (del nuevo orden cantado por Virgilio que ensalza la inminente edad de oro) es una innovación de Augusto, que no encontró un sustentador convencido en su sucesor TIBERIO.

TIBERIO, el hombre que hablaba lentísimo, con lenta gesticulación de los dedos y semblante siempre ceñudo, aficionado al vino y a las necesidades, de cara forunculosa y testa melnuda, no es difícil adivinar que se expresase con voz ronca, oscura y entrecortada, propia del degenerado, precipitado en el marasco de la lujuriosa senilidad. Avezado a premeditar en el silencio sus crímenes, gobernaba al mundo desde la isla de Capri y rara vez aparecía en Roma. Un ser tan cerrado en sí mismo, tan suspicaz y desconfiado al máximo, no poseía ninguna razón para revestir con voz decorosa el misterio de su pensamiento estancado e inaccesible.

CALÍGULA, por el contrario, amó ardientemente el arte del canto (CANENDI ARTEM STUDIOSSIME APPETIT). Era hijo de los tiempos. Encontró un mundo ya hecho, sistematizado. Pero la vida es un hacerse continuamente, y no un hecho. También, como César, fue propenso a la epilepsia y a los desfalecimientos. De haberse dedicado a los trabajos bélicos, tal vez hubiera superado las insanas inclinaciones de su índole. Pero la vida muelle y el TEDIUM URBS le tomaron la delantera, facilitando el predominio de las fuerzas negativas y determinando la colisión entre los dos elementos sexuales, contrapuestos e inconciliables en las naturalezas abúlicas. Voz anémica y temblorosa; histérica como su temperamento. Declamaba sus discursos con rapidez e incisividad. El insomnio, su peor enemigo, agudizó la excitabilidad de sus pasiones y la antinomia de sus tendencias, que lo llevaron pronto al crimen y a la degeneración; a consumirse en los delitos y en los desaciertos. Y, en vez de moderarlo, le incitaba la *mania de cantar y danzar* (CANENDI AC SALTANDI VOLUP-TATE EFFEREBATUR).

Y es que la danza y el canto, transferidos a un plano inferior de humanidad, en vez de calmar, excitan con ritmos y metros sensuales a las naturalezas perversas. Entre los caníbales, por ejemplo, los sacrificios se celebran con ritmo trepidante de nenias y cantos fúnebres y golpes de tambor, durante las noches orgiásticas. En los ritos dionisiacos, las Ménades se exaltaban danzando furiosamente y blandiendo tirso, hasta caer desvanecidas en su folía sexual.

De las manifestaciones físicas de timbres y ritmos, hay que diferenciar la música y la palabra hablada o cantada. El sonido deja de ser un simple deleite de los tímpanos, cuando se convierte en vehículo del pensamiento y del sentimiento, esto es, instrumento de inteligencia.

El canto no es evasión, sino adhesión a lo divino, perenne catarsis del ser en el conocer.

Y qué decir de la lengua torpe de CLAUDIO, de cabeza tremolosa (LINGUA TITUBANTIA CAPUTQUE TREMOLUM), un ser al que la misma madre (Antonia) llamaba LUDIBRIUM NATURAE; que la abuela (Livia) no lo soportaba, y que la hermana (Livilla) detestaba. Un ser despreciado por su estupidez sórdida, por su risa necia, su cólera, su lujuria obscena y bestial; por sus desatinos y atolondramientos. Un ser así no podía sino tener una voz titubeante, áspera y trémula como sus propias rodillas. Aquella garganta no era ciertamente idónea para emitir sonidos dignos de alta palabra y claro intelecto (que él no poseía), sino producto de un estómago voraz y repelente. La familiaridad con semejantes desvergüenzas lo indujo a promulgar un edicto para dar licencia a sus invitados en orden a la expansión de sus necesidades ordinarias (QUO VENIAM DARET FLATUM CREPITUMQUE VENTRIS IN CONVIVIO EMITTENDI).

No sería posible atribuir a un ser, tan feamente brutal, la palabra hablada o cantada, propiamente de los seres dotados de razón y de iluminados con la intuición espiritual.

Y he aquí a NERÓN: *Barba de cobre, cara de hierro y corazón de plomo*. El citarista cantor que hizo de la voz su razón de ser y amó su arte más que a la mujer y el imperio, más que a su misma naturaleza, monstruosamente cruel. En él, la neurosis y la megalomanía de su tío Calígula llegaron a la exaltación de la locura. El hombre que, al anuncio del triunfo de Galba, que lo había depuesto, exclamo: "¡No me importa! Aún me queda mi arte que me dará para vivir." Y que de nada se dolió tanto como de ser juzgado mal cantor.

NERÓN, tipo indiferenciado y bivalente (predominando en él el elemento contrario), vivió una existencia contradictoria, típica de los espíritus faltos de un centro unificador y coordinador. Temperamento linfático y bilioso, en casos de este género, la tendencia artística degenera en formas subconscientes por disipación de energía, determinada por falta de voluntad y una visión caótica del mundo y de las cosas.

No hay que extrañar que tal aborto de la naturaleza hablase y cantase con voz exigua y velada de hermafrodita (*EXIGUAE VOCIS ET FUSCAE*) que ejercitaba bajo la gafa del citarista *Teronio*, que le enseñó los métodos al uso para robustecer y purificar los sonidos. Así le vemos, yacente supino, soportar en el vecho pesadas lastras de plomo; administrarse irrigaciones y purgantes vómitos (*CLISTERE VOMITUQUE PURGARI*); abstenerse de manjares nocivos. Cualquier sacrificio, con tal de conseguir una voz potente y resonante.

Pero el tirano, acostumbrado a lograrlo todo y sojuzgar todas las voluntades, no logró disciplinar los delicados cartílagos de los que esperaba la gloria más ambicionada. Cartílagos sonoros verdaderamente insignes, pues tuvieron por esclavo al dueño del mundo.

Fue el primero en instituir en Roma un certamen musical a la usanza griega, y a su mérito se atribuye la institución de la "CLAUQUE" (*PLAUDITORES*), con mozalbetes elegidos entre el orden ecuestre y cinco mil jóvenes plebeyos, a los que dividió en grupos e hizo aprender varias especies de aplausos, y remunerando a los jefes de grupo con cuarenta mil sextercios. Y al frente de

esta "troupe" recorría la Grecia y el Asia Menor, cantando en conciertos y ceremonias. Su ambición no era la de conquistar nuevos territorios para Roma, sino, a la cabeza de este singular ejército. ¡Pobre del que se mostrara indiferente ante sus virtudes canoras! En una ocasión hizo expulsar del teatro a uno de sus sucesores, Vespasiano, al que había visto bostezar indiscretamente mientras cantaba. Se consideraba superior a todos en el canto, igualado solamente por APOLO (*APOLLINEM CANTU AEQUIPARARE EXISTIMARETUR*).

Envidioso y vengativo, hizo envenenar a Británico, legítimo heredero de Claudio y pariente suyo, porque había oído decir que cantaba mejor y estaba dotado de una bella voz (*QUAE ILLI IUCUNDIOR SUPPETEBAT*).

El tirano, ordinariamente alienado y rebelde a todo freno, devenía en morigerado y dócil ante su propia voz. Renunciaba a las arengas para no forzar la delicada glotis (*CONSERVANDA VOCIS GRATIA*), a la que dedicaba los cuidados más minuciosos, incluso procurando aparecer en público con la boca tapada con un pañuelo y el cuello envuelto en una bufanda (*PRODIERIT IN PUBLICUM LIGATO CIRCUM COLLUM SUDARIO*). Y a todo esto le empujaba la delirante manía de hacerse popular y transmitir a la historia su nombre de sumo cantor.

Figura más paradójica y extravagante no se ha visto en la escena histórica: Monstruo tragicómico, dueño del orbe, a cuya más ligera indicación, por el más fútil capricho, caía truncada una vida humana, siquiera fuera preciosa y eximia como la de Séneca.

Un soplo, un debilísimo aliento de aquella raquífica y estúpida voz, tenía la fuerza inhumana de apagar la más bella luz del intelecto.

El monstruo se suicidó con suma coherencia, repitiendo a quien le ayudaba a morir: "QUALIS ARTIFEX PEREO" (qué gran artista muere en mí).

Al finalizar esta modesta disertación sobre la voz y la personalidad de unas figuras históricas que ordenaron por siglos la suerte del mundo, quiero reiteraros mi agradecimiento por vuestra amable atención y formular mis votos más fervientes por los admirables propósitos de esta Real Academia en pro de los altos ideales de la cultura y el arte.

DISCURSO DE CONTESTACION

por el Excmo. Sr. D. Felipe M.^a Garin Ortiz de Taranco,
Presidente de la Real Academia

Señores Académicos. Señoras. Señores:

Por imperativo, gustosamente acatado, del Reglamento, debí contestar hace casi un mes; o, mejor dicho, dar la bienvenida a esta bicentennial Corporación, a una figura que iba a prestigiarla y ennoblecerla, cuya fama corrió pareja con su aureola de bonhomie y de nobleza; aparte de su condición, tan apreciable, de valencianía voluntaria, al haberse afincado en nuestra tierra (la misma que ahora le ha recibido en el poético campamento de Godella) y pasear por el mundo, el mundo de sus éxitos, junto al nombre de su romana Lanubio, el de Valencia, a la que todos le sabían tan ligado.

Especialmente nos complacía, en aquella ocasión frustrada, verle incorporado al distinguido estamento académico de honor, tras haberle elegido excepcionalmente, por un abrumador sufragio, salvando con creces la exigencia reglamentaria de un *quorum* riguroso.

Venía a ocupar Lauri Volpi el puesto dejado al morir el día de San Jorge del pasado año, por otra personalidad relevante e imposible de olvidar, también valenciano adoptivo, cuya sabiduría, cuya bondad y cuyo señorío no sólo de linaje, sino sobretodo de conducta, permanecerán siempre entre nosotros. No hace falta decir que aludimos al excelentísimo señor doctor don Juan de la Cruz Con-

treras y López de Ayala, Marqués de Lozoya, y de Villanueva del Castillo, Barón de Hermoro, Caballero profeso del Hábito de Santiago, Infanzón de Illescas, Grande de España, y, por su esfuerzo, Catedrático de la Universidad Española, en Valencia, Madrid y Pamplona (de la que además era Doctor Honoris Causa) en las materias de Historia de España, Historia del Arte e Historia del Arte Hispano-Americano; Académico de número de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando (que presidió) como de la nuestra de San Carlos, en la que pasó luego a ser *de honor*, recibiendo título y medalla a la vez que Benedito y García Sanchiz en una sesión solemne y primaveral como ésta, pero no teñida por la nostalgia.

Comisario General del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional en tiempos de especial dificultad (contribuyó a la salvación de joyas del arte español en peligro), no siendo su menor trabajo, a la sazón, el de recuperar los tesoros del Prado en unos trenes nocturnos milagrosamente escapados de los vuelos rasantes de los Stukas, a través de la Francia combatiente, y algo después el de devolver a España la Dama de Elche, nuestra bella y antiquísima paisana.

Lozoya fue además para nuestra Academia miembro activo y eficiente, salvando con su generosa entrega la distancia física obligada. Aquí disertó magistralmente, sobre Goya, sobre Vicente López y sobre Sorolla —dos veces—, sobre la Arquitectura hispanoamericana, sobre la pintura de la época de Alfonso XIII ("edad de plata", decía él), aparte de sus contestaciones a algunos académicos, el elogio fúnebre del presidente Llorente Falcó, etc.

Pero Lozoya, que fue sobre todo poeta, no resultó insensible a las calidades paisajísticas, monumentales, históricas e, incluso, humanas de Valencia y su Región, en la que, como repetía, vivió los mejores años de su vida, escribiendo la novela de ambiente valenciano "La alquería de los cipreses", localizando su acción en un noble y pequeño edificio lleno de historia, junto al margen derecho del Turia.

Concretamente, su sensibilidad y su cultura, también su autoridad contribuyeron decisivamente a salvar nuestras piedras, nuestros jardines y nuestras pinturas, decidiendo con energía —somos de ello testigos— en momentos críticos, el noble entorno de la Lonja, la amenazada supervivencia de Santa Catalina —mucho más tarde devuelta al gótico— y de la que solo se salvaba la torre, San Agustín; la conservación digna de San Juan del Hospital, San Andrés, lo no mucho salvable de la bóveda de Palomino en los Santos Juanes, y dando calor a la iniciativa de González Martí de crear un Museo de Cerámica y Artes Santuararias en el simpar palacio —también amenazadísimo— que es hoy su sede.

Por otras partes del Reino, por todo él, alentó propósitos, fomentó proyectos y repartió los muy escasos recursos de que su departamento disponía. Y, conocida su proclividad a la Prehistoria, apoyó al S. de I. P. provincial y recorrió yacimientos, ya desde los años veinte de su ejemplar magisterio. Asimismo visitó y presentó exposiciones, arropó a instituciones corales valencianas y a las instrumentales, incluso a las realidades folklóricas auténticas de nuestro Reino, en las que, como en las de Alcoy, no se resignaba a ser sólo espectador.

A esta altura, afortunadamente, estaba su sucesor, nuestro admiradísimo y egregio hoy llorado Giacomo Lauri Volpi, Académico de Honor de San Carlos, maestro, cantante de voz privilegiada, compositor, escritor y triunfador en los escenarios del mundo, de la Scala, a San Carlo; de París al Covent Garden, de San Francisco al Metropolitan, de Budapest al Real, de Viena a Suiza, del Liceo a nuestro Principal, de la Opera Cómica de París a Niza...

Giacomo Lauri Volpi nació en Lanuvio, cerca de Roma, el 11 de diciembre de 1892, estudiando en el "Gimnasio" de Albano-Laziale, en el Liceo de Anagni, en Albatri y en la Universidad "a la Sapienza" de Roma (Facultad de Jurisprudencia), siendo sus profesores los famosos V. E. Orlando, Enrico Ferri, V. Scialoja y Pantaleoni; a la vez que seguía cursos de canto en el ilustre Conservatorio de Santa Cecilia, de la Ciudad Eterna, con el gran maestro Antonio Cotogni.

A sus veintitrés años, en 1915, bajo las armas de su patria, sirvió como oficial de Infantería hasta 1919, recibiendo la Medalla de Oro de "Vittorio Veneto" por reconocidos méritos de campaña.

En 1919, vuelto a la vida civil, inicia su carrera artística, como intérprete lírico, que va a seguir en plena actividad durante 40 años, o sea hasta 1959, aunque luego también cantó excepcionalmente en numerosas ocasiones, siempre dando vida a piezas de los géneros más diversos: ligeros, líricos y dramáticos y recitativos.

Posteriormente, su amor al bel canto le llevó a aparecer y actuar varias veces en público, una de ellas el 24 de julio de 1965, en la plaza Chigi, de Ariccia, muy cerca de Castelgandolfo, actuación que vino a ser un brillante eslabón de su carrera artística. El Papa Pablo VI le recibió en audiencia especial privada, con su esposa, la valenciana María Ros, colaboradora e inspiradora del artista. La otra ocasión fue el 26 de enero de 1972, en el Gran Teatro del Liceo de Barcelona, al celebrarse el 125 aniversario de la fundación de este coliseo, al que concurrirían cerca de 30 cantantes de renombre mundial. En tal ocasión interpretó la romanza de "Nessun Dorma" de la ópera *Turandot*, conquistando el entusiasmo del público, que le tributó la más larga e intensa aclamación que un artista haya obtenido en el Liceo. La prensa, unánimemente, lo reconoció como el triunfador relativo en este torneo de voces líricas.

En otro orden de actuaciones recientes, grabó el 28 de octubre de 1973 el disco "El milagro de una voz" y también, en otras fechas, árias y romanzas de "Il Trovatore", "Bohème", "Ugonotti", etc.

El 14 de junio de 1977 recibió Lauri Volpi un cálido homenaje en el Teatro Real, de Madrid, donde cantó el aria "La donna e mobile", de Rigoletto, en recuerdo de los 50 años que hacía la había cantado en el mismo lugar el año 1927.

Como escritor, entre 1933 y 1973 publicó nueve libros, *Equívoco*, *Cristalli viventi*, *La prode terra*, *Aviso aperto*, *Misteri della voce umana*, *Incontri e scontri*, *La voce di Cristo*, *Parlando a Maria* y *Voci parallele*, habiendo sido traducido este último al español, al portugués, al alemán y al ruso.

Misteri della voce umana presenta, como epílogo, una correspondencia con Papini, quien define a su autor como "el primer y original creador de una filosofía del canto, reveladora de los más altos misterios de la voz humana".

También escribió para la prensa periódica, colaborando, como corresponsal en el diario vaticano "L'Osservatore romano", desde 1957. Asimismo, habitualmente, en "Momento sera", de dicho año 1957 a 1965, publicando en dicho periódico unos 400 artículos, la mitad de los cuales están publicados conjuntamente en el volumen citado *Incontri e scontri*. Y, reuniendo sus disposiciones literarias con las musicales, razón de su vida, colaboró en las revistas "Ritmo", "Montsalvat" y "Musica e dischi".

Como recompensa a su vida de trabajo, de plena dedicación al arte lírico y su labor literaria, recibió las siguientes condecoraciones:

Encomiendas de Alfonso X el Sabio e Isabel la Católica. Oficial de la Legión de Honor francesa; Comen-

dador de la *Orden de San Gregorio Magno* del Vaticano; Gran Oficial de la *Corona de Italia* y de *Santi Maurizio e Lazzaro*, de la República Italiana; Gran Oficial de la *Orden de la Corona Yugoslava*, y del *Aguila Germánica*, de Alemania; Caballero de Honor del *Santo Cáliz* y *Medalla de Oro de la Cruz Roja* Española. Además, era miembro del Instituto de Cultura Hispánica. Y, como se ha dicho, y es la razón de este emotivo acto, Académico de Honor de nuestra más que bicentenario Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, de la que antes fuera Correspondiente.

Pero, sobre todo, Giacomo Lauri Volpi fue un espíritu religioso, eucarístico y caritativo. Lo prueban su devoción al Santo Grial que guarda nuestra Catedral de Valencia, para cuya capilla, en la que, recién restaurada (por mecenazgo de la Diputación Provincial) tuvimos la emocionante Eucaristía en sufragio de su alma, acto inolvidable. A dicha capilla, antigua Aula Capitular, regaló el Cáliz y el Copón que se utilizaron en dicho acto. En otro orden de cosas, hizo importantes donaciones al Museo Nacional de Cerámica y Artes Suntuarias de Valencia, por un valor estimado de dos millones de pesetas, y al jefe del Estado español un donativo para la lucha contra el hambre de un millón de pesetas, que le valió la citada Medalla de Oro de la Cruz Roja Española.

Permítasenos reproducir, como reliquia viva, unas líneas escritas por él para este acto poco antes de su última enfermedad. Dicen así: "El que, cariñosamente, en tono admirativo, se llama *el caso Lauri Volpi*, es que a los 86 años en pleno uso no sólo de sus facultades mentales, sino de conservación de su voz, *puede cantar* las romanzas del repertorio melodramático, único en la historia de las voces humanas". El —decía— lo atribuye a intervención de una "*realidad trascendente*" a la cual pidió en un momento de enfermedad laríngea, la gracia de conservar la voz durante su vida. El *milagro* es evidente. Pues todavía en memoria de su esposa, María Ros, pudo celebrar el "Concurso María Ros de Lauri Volpi" en Madrid, en 1972; en Novelda (Alicante) en 1973, en Oviedo en 1974 y en Valencia en 1975.

Así ha sido y sólo se le fue la voz con la vida misma, hace un mes escasamente.

Se han leído, del maestro, unas consideraciones sobre el concordante binomio *voz y personalidad*, con ejemplos aducidos de la historia de Roma por Suetonio. Sólo cabe admitir la congruencia de tal repertorio y su valor demostrativo. Por si contribuye a reafirmar la tesis aportada por quien iba a ser beneficiario de nuestros atributos académicos, permítasenos añadir —ante nuestra escasa experiencia de recordar y retener voces de las personalidades, no pocas, que hemos conocido— otro ejemplar singular, también romano, y sin duda muy ilustre, históricamente relevante: el de la correspondencia, significativa, de las voces y las personalidades, tan diversas y tan acu-

sadas, de los cinco Papas, cuya voz recordamos y cuyo perfil humano, espiritual, nos fue conocido, o sea, a partir de Pío XII, el Papa Pacelli, romano de naturaleza, ya que de su antecesor, Pío XI, Aquiles Ratti, el bibliotecario de la Ambrosiana y alpinista, sólo retenemos, muy viva, eso sí, la imagen, no la voz.

El papa Pacelli fue un caso de perfecta adecuación de su voz, cálida y serena, segura y convincente, suave y magistral, diplomáticamente suaviora —académica...— con lo gentil y espiritualizado de su imagen.

Su sucesor, el buen papa Juan, Roncalli, XXIII de los de su nombre, cuya voz aún resuena en nuestros oídos, era, a la vez la de un padre y pastor parroquial, con feligresía en todo el mundo, y de un finísimo observador no exento de caritativa ironía, con matices y dejos bergamascos que traslucían, como su físico, una personalidad bondadosa y enérgica, innovadora y valiente..., genial...

Pablo VI, el papa Montini, aún permanece, como silueta angustiada y como voz imbatible, en la memoria de todos; basta remontarse al pasado agosto para recordarle. Su imagen "severa, agotada, martirizada" se escribió a raíz de su óbito, y su voz era, a la vez, estímulo y flagelo, con tonalidades contratonadas, agudas y graves que revelaban lo profundo y trascendente de su mundo interior, rebosante de ternura dominada, y su preocupación pastoral.

Un mes apenas duró el dulce y pío, "feliz y sonriente", a la vez que entero y seguro en su afirmación orientadora, Juan Pablo I, Albino Luciani, de acento suave y amistoso, fraterno casi, como su gesto, su andar y su sonreír.

Por fin del Pontífice reinante, Juan Pablo II, Karol Wojtyła, tenemos todos imágenes visuales y auditivas recentísimas, actuales; de voz grave, plena y franca, como su talante y sus facciones, como su prometedor estilo pastoral, como su personalidad, toda templada en la contradicción, a imagen de ese Cristo del que es Vicario, y al que ha definido como "Signo de contradicción" en libro bien conocido. Es el último, por ahora, y más cabal ejemplo, quizás, de esa armonía —voz y personalidad— que nos pensaba ponderar con las suyas —viva voz, presencia personal— Lauri Volpi, de cuyo binomio armonioso era él ejemplo palpitante: voz privilegiada y generosa, que respondía a su espíritu cordial y sensitivo, abierto, capaz de amar a la vez, a su tierra nativa y a esta de adopción voluntaria. De sus amplias resonancias y de su timbre maravilloso, de su impecable "escuela", reflejando todo su ser, vamos a ser privilegiados oyentes, de un fragmento, recogido por la técnica actual, dedicado a la Eucaristía, "Panis Angelicus", que simbolizaba el Santo Grial de su predilección. Oigámosle, después de que Carla Lauri Volpi, recoja el diploma que hubiera recibido entonces el maestro.